

Desde lo más profundo

María Andrea Ortegategómez

A veces resulta difícil entender el por qué de muchas cosas... nos preguntamos si lo que sucede tiene explicación, incluso si resulta aceptable; sin embargo, no se trata de cuestionar sino de comprender que esa era la voluntad de Dios, porque en el ajedrez de la vida, él es el único que decide como mueve cada ficha...

Era un sábado, lo recuerdo muy bien. Me levanté temprano ese día porque necesitaba que rindiera mi mañana debido al trabajo, y efectivamente así fue. Llegó el medio día y queriendo un poco de distracción, me dirigí con mis papás a almorzar a Jardín Plaza. Las indecisiones concurrentes nos tomaron quince minutos para saber qué queríamos comer, sin embargo, después de la espera, nos sentamos a una mesa cerca de Mc Donalds.

Ese día me encontré con Sebastián, un amigo que al igual que yo, había cerrado el ciclo de patinaje unas dos semanas atrás; lo saludé y conversamos un rato. Todo iba muy bien, y ahora continuaría su simulacro de lcfes. Me acuerdo que mi abuelo de parte de papá fue el tema de conversación del almuerzo debido a su grave estado de salud. Nuestra preocupación aumentaba cada día, sin embargo, un plato totalmente delicioso que habíamos ordenado, logró animarnos.

Ya estábamos terminando de degustar nuestro almuerzo; no sé si por tradición o costumbre, los fines de semana siempre almorzamos a las tres o cuatro de la tarde. De pronto, entró una llamada inesperada y extraña. Mi papá no lograba captar con plenitud lo que una voz atacada en llanto decía: "Fredy: Mateo se murió en el entreno". Tengo en mi memoria ese momento, cuando mi papá lo único que respondía era: "¿Cómo así que se murió?". Nadie entendía. Por un momento pensé que se trataba de mi abuelo, sin embargo, mi mamá sabía que algo más había pasado. Quizás, en las milésimas de segundos que mi papá nos cuenta, mis ojos se aguaron instantáneamente sin comprender qué había sucedido. Pensaba que el día anterior lo había visto, pero hoy, sencillamente ya no estaba.

A mi mente vino Sebastián, pero no había manera de avisarle porque ya se había ido al colegio; luego pensé en Vanesa, una amiga que trabaja en un almacén del centro comercial, pero el afán solo me permitió decirle que cuando estuviera en la clínica la llamaba. Creo que pocas veces he visto a mi papá manejar tan rápido y desesperado como cuando sufrí la peor caída en mis años de patinaje.

Llegamos en diez minutos a Imbanaco y el llanto nos consumía a todos. Sentados en el andén de la calle, tratábamos de asimilar lo que en verdad, no tenía ninguna explicación. Cuando llegamos, mi mamá lo único que hacía era preguntar qué había pasado. Adriana, quien venía con Mateo en el carro le contaba cada detalle, cada milésima del inolvidable tiempo camino a la Clínica. Mateo sonreía cada vez que escuchaba su canción favorita y esta vez, en el carro, sonó de nuevo. Quizás su mente ya estaba ida y al entrar a urgencias ya no había paciente. Luz Mery no lograba asimilar nada de lo que un cuerpo de veinte médicos trataba de decirle; las compresiones eléctricas, las reanimaciones, nada conseguían regresarlo. Ya no había nada que hacer.

Ver a Luz Mery me destrozó por completo. Hay cosas que sencillamente son inexplicables y Mateo este año, estaba más reluciente y entregado que nunca al patinaje; lo más probable era que tuviera una grande oportunidad de entrar a la Selección Colombia. Pero todo tomó un giro inesperado.

Sus papás vivían en Cartago y nadie podía imaginar su inmenso dolor. Su padre no creyó hasta llegar a Cali y verlo. Mi papá entró con él y creo según sus palabras, fue uno de los más duros momentos que le ha tocado ver.

Tras una larga espera de dos horas, Mateo fue trasladado a la sala de PAZ y en grupos de cuatro personas fuimos entrando a verlo. Fui de las primeras. Su cara estaba cubierta; el dolor me consumió y mis fuerzas se hicieron más grandes para poder darle ciertas palabras de pésame y aliento a su mamá. Las lágrimas corrían por mi rostro sin poder detenerlas y al salir, Jefferson, nuestro entrenador, sentado sobre la pared me recibió con un fuerte abrazo. Podía sentir su dolor sin necesidad de decirle nada. Creo que jamás lo había visto de esa forma.

Poco a poco nos hacíamos un grupo más numeroso. Quienes se habían retirado de patinaje, los que aún continuaban, todos llegaron ahí. Tenían en su alma la maravillosa persona que siempre fue Mateo.

Recuerdo ese día lluvioso con plenitud. Un 21 de Enero en donde viví la muerte más cercana que he tenido; sin ninguna razón ni sentido, fue la de un amigo, una persona que apenas estaba comenzando a vivir, quien en sus quince años tenía todo un mundo por delante.

Lo vi de nuevo. Esta vez entré con Verónica y Alexandra. Hablamos con su mamá, y ella con el dolor consumiéndole el alma solo tenía palabras de agradecimiento por estar ahí acompañándolos. Esta vez su cara ya estaba descubierta y una venda le sostenía la quijada. Su rostro reflejaba una paz increíble. Por mi mente solo pasaban estas palabras: "eres un ángel", el que siempre será nuestra protección y compañía, ese vivo y hermoso recuerdo que irá en cada paso a nuestro lado.

Al llegar de nuevo a la cafetería me desmoroné en llanto. Mi alma se hacía migajas por el hecho de no entender nada. Un vacío inmenso era lo único que podía sentir, quizás el no querer o poder asimilar que él ya no estaba con nosotros, que físicamente no lo vería más y que en mi corazón perduraría por siempre.

Estuvimos ocho horas allí hasta que La Fiscalía vino a recogerlo para llevarlo a Medicina Legal, debido a que le habían ordenado una necropsia para conocer las causas de aquel infarto. La fortaleza de sus padres era increíble y agradecerle por eso a Dios era lo que hacíamos. Poco a poco y lentamente el tiempo pasó. Y en el momento en que ese carro se lo llevo, sentí que todo había terminado. Ahora muchas cosas cambiarían, sencillamente nada volvería a ser igual: los entrenos, las risas, la felicidad, la compañía, la amistad...él ahora nos acompañaría desde un mejor lugar.

Hoy ya han pasado tres meses. La valentía, su coraje, el espíritu triunfador, su entrega, la alegría, y su fe en Dios, son inspiración para cada uno de nosotros. Día tras día siempre hay un espacio para él en mis oraciones. Ha ocupado un lugar muy especial en mi vida, porque sé que está conmigo, apoyándome, acompañándome y porque con seguridad puedo afirmar, que será la luz y protección de aquellos que siguen el camino en el patinaje. Las carreras girarán en torno a él, porque fue un guerrero y una persona espiritualmente grandiosa. Su magnificencia ilustró miles de vidas.

Hoy en mi alma, se encuentra un recuerdo prominente que perdurará por siempre, porque es de valientes dar todo de sí, vivir como él vivió, disfrutar cada segundo, agradecer a Dios por todas sus bendiciones, amar y sonreír, y sencillamente, porque como dice la frase que en su honor se escribió: "La mejor forma de morir es morir haciendo lo que más te gusta".